

te; que lo que se ha de acabar no puede durar mucho; que ese momento de tribulacion es nada respecto al inmenso peso de gloria que él nos dispone; y que la rapidéz de las cosas presentes, no merece el que se cuenta por años ni por siglos.

Sé muy bien, que la Fé puede subsistir aun entre costumbres depravadas; y que muchas veces se pierde la gracia santificante sin perder la sincéra sumision á las verdades que el espíritu de Dios nos ha revelado: pero esta certidumbre de la Fé, que es de tanto consuelo para el alma justa, para el pecador que aun cree, no es mas que un abismo inagotable de remordimientos secretos, y de temores crueles: porque quanto mas ciertas os parezcan las verdades de la Fé, á los que teneis sepultada la conciencia en una vida llena de desordenes, tanto mas inevitables os deben parecer los suplicios con que amenaza á los pecadores como vosotros, y tanto mas cierta os parecerá vuestra desgracia. Todas las verdades que la doctrina santa presenta á vuestra fé, despiertan en vosotros nuevos sobresaltos. Estas luces divinas, raiz de todo consuelo para las almas fieles, se os representan como luces de venganza, que os amedrentan, os turban y os juzgan; os manifiestan continuamente lo que nunca quisierais vér; os enseñan, á pesar vuestro, lo que siempre quisierais ignorar; ponen á vuestra vista lo que, á lo menos por algun tiempo, quisierais tener en olvido. Vuestra misma fé os adelanta el suplicio. Vuestra religion, aquí en la tierra, si es licito decirlo así, es vuestro infierno; y quanta mayor es vuestra sumision á la verdad, tanto mas infelíz es vuestra vida. ¡Oh Dios mio! y qué grande es vuestra bondad para con el hombre, pues quisisteis que la virtud fuese necesaria, aun para su sosiego; y le llamais para vos, permitiendo que sin vos no pueda ser dichoso.

Permitidme, amados oyentes míos, que os haga reflexionar estas verdades dentro de vosotros mismos. ¿Aun quando no fuera tan lastimoso el destino de una alma

pecadora en el siglo venidero, reflexionad si es digno de envidia aun en este mundo? Sus aflicciones son irremediabiles, sus desgracias no tienen consuelo, sus mismos placeres están llenos de inquietudes; padece infinitos sobresaltos acerca de lo presente: sus pensamientos acerca de lo pasado y de lo por venir son funestos y tristes: su fé la atormenta, y sus luces la desesperan. ¡Qué estado tan triste! ¡Qué destino tan fatal! ¡Qué terribles mutaciones ocasiona un solo pecado en lo exterior é interior del hombre! ¡Quanto trabajo le cuesta el prepararse á las eternas penas! ¿No es pues cierto, Católicos, que el camino del mundo y de sus pasiones es mucho mas penoso que el del Evangelio; y que el Reyno del infierno, si es lícito explicarse de este modo, padece aún mas violencia que el del cielo? ¡O inocencia de corazón, y quantos bienes traes contigo al hombre! ¡O hombre, quanto pierdes quando pierdes la inocencia de tu corazón! Pierdes todos los consuelos de la Fé, que son la ocupacion mas deliciosa de la piedad de los Justos; y te privas tambien á tí mismo de todas las dulzuras de la gracia, que tan envidiable hace en este mundo la suerte de los Justos.

SEGUNDA PARTE.

Quando prometemos, dice San Agustin, á las almas mundanas consuelos y dulzuras en la observancia de la Ley de Dios, miran nuestras promesas como un lenguaje piadoso de que usamos para alabar la virtud; y como el corazón que no gustó nunca estos castos deleytes, tampoco puede comprenderlos, nos vemos precisados, continúa este Santo Padre, á responder: ¿cómo quereis que os persuadamos? No podemos deciros: gustad, y vereis quán suave es el Señor; (a) porque un corazón enfermo y desarregla-

(a) Psalm. 33. v. 9.

glado no puede gustar las cosas del cielo; dadnos un corazón que ame, y él entenderá todo lo que decimos.

No es ahora mi principal intento manifestar todas las secretas operaciones de la gracia en el corazón de los Justos, sino contraponer el feliz estado en que los constituye acá en la tierra, á la triste situación de los pecadores, y acabar con este paralelo de confundir el vicio, y alentar á la virtud. Digo pues que la gracia dá á las almas justas en la tierra dos generos de consuelos; unos interiores y secretos; otros exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningun placer que á ellos equivalga.

La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, es el establecer en su corazón una paz sólida, y reconciliarla consigo misma. Porque, Católicos, todos tenemos dentro de nosotros mismos los principios naturales de equidad, de pudor, y de rectitud. Nacemos, como dice el Apostol, con las reglas de la Ley escritas en nuestros corazones; aún quando nuestras primeras inclinaciones no sean á la virtud, á lo menos conocemos que ella es nuestra primera obligación; por mas que la pasión intente algunas veces persuadirnos en secreto, que nacimos para el deleyte, y que las inclinaciones que en nosotros ha puesto la naturaleza no pueden ser verdaderamente culpables, nunca podrá esta estraña persuasión asegurar á una alma pecadora. Es verdad que esto se desea, porque quisieramos que todo lo que nos deleyta fuese lícito; pero esta persuasión es falsa, es un sophisma; porque nos gloriamos de no dexarnos arrastrar de las máximas vulgares, pero en el fondo nada tiene de convincente esta persuasión. Siempre llevamos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible, que sin cesar se pone de parte de la virtud contra las

pa-

pasiones que mas nos lisongean; que mezcla con las que mas nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligación; y que nos hace infelices en medio de nuestros deleytes y de nuestra abundancia.

Este es el estado de una conciencia impura y manchada; el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazón; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega; es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aún lo es mucho mas por no poder sofocar sus importunos remordimientos; arrastrado de su flaqueza, y avisado por sus luces, se disputa á sí mismo el delito que se permite; y en el mismo tiempo en que goza del deleyte injusto, se le está reprehendiendo á sí mismo. ¿Qué ha de hacer, pues? ¿Combatirá sus luces para sosegar su conciencia? ¿Dudará de su fé para gozar con mas tranquilidad de sus delitos? ¿Pero ay! que la incredulidad es un estado aún mucho mas infeliz que la misma culpa; ¿vivirá sin Dios, sin culto, sin principio y sin esperanza; creerá que los excesos mas abominables, y las mas puras virtudes no son mas que nombres; mirará á todos los hombres como á aquellas figuras viles y ridiculas, á quienes se les hace que se muevan y hablen en un teatro, y que solo sirven de divertir á los concurrentes; se mirará á sí mismo como producción del acaso y eterna posesion de la nada? ¿pero ay! que estos pensamientos tienen en sí una tan funesta obscuridad, que no los puede mirar el alma sin horror; porque la incredulidad mas es desesperacion del pecador, que alivio del pecado. ¿Qué ha de hacer, pues? obligado á huir continuamente por el miedo de encontrarse con su propia conciencia, corre de objeto en objeto, de pasión en pasión, de precipicio en precipicio. Cree que á lo menos con la variedad de los placeres podrá llenar su vacío y su insuficiencia; no dexa algu-

C 2

no

no que no pruebe; pero en vano ofrece su corazón sucesivamente á todas las criaturas; todos los objetos de sus pasiones le responden, dice San Agustín: no te engañes en amarnos, no somos nosotros la felicidad que buscas, ni podremos hacerte feliz: levántate sobre las criaturas, y vé á buscar en el cielo al que nos formó, y allí sabrás si es mayor y mas amable que nosotros. Este es el destino del pecador.

No quiero decir que el corazón de los Justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable, que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero estas son unas nubes pasajeras, que solo cubren, por decirlo así, la superficie de su alma. En su interior reyna siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazón, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignación pacífica, aquella tranquilidad de pasiones, y aquella paz universal, que aún desde esta vida es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. Criaturas vanas, ¿qué poder tendréis sobre un corazón que no hicisteis vosotras, y que no se hizo para vosotras? La paz del corazón es el primer consuelo de la gracia.

El segundo es el amor que suaviza á los Justos los rigores de la ley, y muda según la promesa de Jesu-Christo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios aún con mas viveza, mas tiernamente, y con mas solidéz que había antes amado al mundo y á las criaturas. Quanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazón, ó le sirven de deleyte. Porque es carácter del amor santo, quando es dueño del corazón, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este

modo, perdona con alegría, sufre con confianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo, y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Quanto mas crece su amor, mas se suaviza su yugo. Quanto mas ama, tanto es mas feliz; porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario.

Al contrario el pecador; quanto mas ama al mundo, es tanto mas infeliz; porque quanto mas ama al mundo, mas se multiplican sus pasiones, mas se encienden sus deseos, mayor estorvo halla en sus proyectos, y mas se agrian sus inquietudes. Su amor es el motivo de todas sus desgracias; su inquietud es la raíz de todas sus penas, porque el mundo, que es el que las causa, no puede remediarlas. Quanto mas ama al mundo, mas siente su vanidad una preferencia, su soberbia una injuria, tanto mas le confunde un proyecto desconcertado, le aflige un deseo en que halló oposición, y le confunde una pérdida impensada. Quanto mas ama al mundo, le son mas necesarios sus placeres, y como ninguno de ellos puede llenar la inmensidad de su corazón, es tanto mas insufrible su molestia, porque la molestia es la recompensa de todos los deleytes. Y en medio de todos estos placeres, el mundo, desde que es mundo, no cesa de quejarse de su estado.

Y no creais, Señores, que por honrar á la virtud exágero demasiado la desgracia de las almas mundanas. Sé muy bien que parece se halla también felicidad en el mundo; y que en medio de este conjunto de cuidados, de movimientos, de temores y de inquietudes, suele verse un corto número de dichosos, cuya felicidad es envidiada, y que parecen gozar de una suerte suave y tranquila; pero sondead esas vanas exterioridades de felicidad y de alegría, y hallareis pesares verdaderos, corazones oprimidos, y conciencias agi-

agitadas; llegaos á esos hombres que os parecen los felices de la tierra, y os admirareis de hallarlos tristes é inquietos, llevando sobre sí con gran trabajo el peso de una conciencia delinqüente; oidlos en aquellos instantes mas tranquilos, en que mas sosegadas las pasiones dexan algun uso á la razon; todos ellos convienen en que no son felices, y que el resplandor de su fortuna solo brilla de lejos, y solo es digno de envidia para aquellos que no le conocen; confiesan que en medio de sus placeres y prosperidades nunca gozaron de la alegría pura y verdadera; que si se piensa seriamente en lo que es el mundo, se halla ser nada; que ellos mismos están admirados de que se le pueda amar conociendole; y que solo son felices en el mundo los que saben huir de él, y servir á Dios. Unos suspiran deseando ocasiones para un honroso retiro; otros se proponen todos los dias entablar unas costumbres mas arregladas y christianas; todos convienen en la felicidad de los Justos; todos desean serlo; y todos dan testimonio contra sí mismos: no buscan los placeres, sino que se hallan encadenados en ellos; detienenles en los lazos del mundo y del pecado, no el gusto, sino la costumbre y la flaqueza; lo conocen, se quejan, lo confiesan; y con todo eso se entregan á la corriente de una suerte tan triste. ¡Ah mundo engañoso! Haz felices si puedes á los que te sirven, y entonces abandonaré yo la ley del Señor por servir á la vanidad de tus promesas.

Vosotros mismos, amados oyentes, vosotros que tantos años há servís al mundo, ¿quánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso, á un lado todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro todas las amarguras que habeis padecido, y ved qual de los dos pesa mas. Acaso habeis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor; aqui estamos bien: *Bonum est nos hic es-*

se; (a) pero aquello fue una embriaguez, que duró poco tiempo, cuya ilusion os manifestó el instante siguiente, sepultandoos de nuevo en vuestras primeras inquietudes. En este mismo instante en que os estoy hablando, preguntad á vuestro corazon ¿si está tranquilo? Preguntadle ¿si le falta algo para su felicidad; si teme, si desea, si conoce que Dios está con él, si quisiera vivir y morir en el estado en que se halla; si está contento con el mundo, si es fiel sin remordimientos al Autor de su sér, si todas las doce horas del dia le son igualmente gustosas, y si hasta ahora ha podido conseguir el tener tranquila la conciencia entre los delitos?

Aun quando os habeis sepultado en el abismo para apagar allí vuestros remordimientos, y os persuadiais poder ahogar con los excesos de la iniquidad aquellas reliquias de la Fé, que en vuestro corazon defienden aun el partido de la virtud, ¿no mandó el Señor á la Serpiente, como lo dice él mismo por su Profeta, que fuese á picáros y á morderos hasta el fondo del abismo en donde os habeis escondido para libertaros de ella? ¿No sentisteis allí la mordedura secreta de este gusano cruel? *Et si celaverint se ab oculis meis in profundo maris, ibi mandabo Serpenti, & mordebit eos.* (b) ¿No es verdad que los dias mas felices de vuestra vida fueron aquellos que consagrasteis á Dios con alguna de las obligaciones de la Religion, renovando vuestra conciencia en el tribunal de la Confesion; y que solo habeis vivido, quando teniendo pura vuestra conciencia habeis vivido con Dios? No dice el Profeta santamente irritado: el Dios que adoramos no es un Dios engañador ó incapáz de consolar á los que le sirven, como los Dioses que adora el mundo, y para esto no apelo á otros

(a) *Matth. 17. v. 4.* (b) *Amós. 9. v. 3.*

otros jueces que á los mismos mundanos: *Non enim est Deus noster ut dii eorum, & inimici nostri sunt iudices.* (a)

¡Oh gran Dios! ¿Quién es el hombre para oponerse de este modo toda su vida á sí mismo, y querer ser feliz sin Vos; para declararse contra Vos; para conocer sus desgracias, y amarlas; para huir de su verdadera felicidad, al mismo tiempo que la conoce? ¿Quién es el hombre, ó Dios mio, y quién podrá comprender lo profundo de sus fines, y la eterna contradicción de sus desordenes?

Pero que no pueda yo, Católicos, estenderme mas en la idea que me propuse al principio de este discurso, para persuadiros que lo que hace mas digna de nuestros deseos la suerte de los Justos, es que quando les llegan á faltar los consuelos interiores, tienen los socorros exteriores de la piedad, el consuelo de los Sacramentos, los que para el pecador, que tiene precisión de llegar á ellos, no son mas que una triste ceremonia que le fastidia y embaraza; los exemplos de los Santos, y la historia de sus milagros, que nos presenta todos los días la Iglesia á nuestra vista, de los que la aparta el pecador, por no vér en ellos su condenación; los adorables Misterios que se ofrecen todos los días sobre nuestros Altares, que las mas veces no dexan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su asistencia; los santos Cánticos y las Precés de la Iglesia que sirven al pecador de triste molestia; y finalmente el consuelo de las Divinas Escrituras, en las que no halla mas que amenazas y anathemas.

Qué descanso, Católicos, para una alma fiel, quando al salir de las vanas conversaciones del mundo, donde solo se ha tratado de la elevación de una familia, de la magnificencia de un edificio, de los que en el mundo

(a) Deuter. 32. v. 31.

do hacen un papel sobresaliente, de las calamidades públicas, de los defectos de los que están á la frente de los negocios, de los sucesos de la guerra, de las faltas de que siempre se acusa al gobierno: finalmente, donde siendo terrenos, solo se ha tratado de cosas terrenas; qué consuelo siente una alma fiel, quando al salir de estas conversaciones toma en sus manos el libro de la ley para descansar un poco de la fatiga de estos vanos discursos, y halla que en todas partes está escrito: que de nada sirve al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma: que la memoria de las mas celebradas conquistas se sepultó en el olvido con la vanidad de sus Conquistadores; que pasarán el cielo y la tierra, que los Reynos del mundo y toda su gloria perecerán con el uso, como un vestido; pero que Dios solo durará siempre, y que solo á él es á quien debemos unirnos. Entonces, dice esta alma con el Propheta, ¡oh Dios mio, los insensatos me contaron fábulas; pero cuán diferentes son de vuestra Ley!

Y á la verdad, fieles; ¡de cuánto consuelo son las promesas que se ofrecen en estos libros santos! ¡Qué poderosos motivos de virtud! ¡Qué oportunas precauciones contra el vicio! ¡Qué sucesos tan instructivos! ¡Qué dardos tan felices, que hieren al alma! ¡Qué ideas de la grandeza de Dios, y de la miseria del hombre! ¡Qué pinturas de la fealdad del pecado, y de la falsa felicidad de los pecadores! No tenemos necesidad de vuestra alianza, (a) escribió Jonatás y todo el Pueblo de los Judios á los de Sparta, porque teniendo entre nuestras manos los libros santos que nos consuelan, podemos pasarnos sin el socorro de los hombres: *Nos, cum nullo horum, indigeremus, habentes solatio sanctorum libros, qui sunt in manibus nostris.* Y sabeis, fieles, quiénes son los

(a) 1. Machab. 12. v. 9.

hombres que hablan de este modo? Las desgraciadas reliquias de la crueldad de Antiocho; errantes por las montañas de Judéa, despojados de sus bienes y de su fortuna, arrojados del Jerusalén y del Templo, en el que habia sucedido á el Sacrificio del Santo Dios la abominacion de los Idolos; y apenas habian salido de un tan triste estado, no necesitaban de nada, porque tenian entre sus manos los libros santos. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* Y en una tan nueva extremidad, cercados por todas partes de Naciones enemigas, no teniendo en su ejército, ni el Arca de Israel, ni el Tabernaculo Santo, llorando aun la reciente muerte del invencible Judas, que era la salud del Pueblo y el terror de los incircuncisos, habiendo visto degollar en su presencia á sus mugeres é hijos, estando ellos mismos para perecer á cada instante, ó por la perfidia de sus falsos hermanos, ó por las emboscadas de sus enemigos, el solo libro de la Ley les bastaba para consolarse, y defenderse, y creen poderse pasar sin los socorros á que tenían derecho por una antigua alianza. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.*

Viendo esto, no me admiro, amados oyentes míos, de que los primeros Discípulos del Evangelio, con el consuelo de las Escrituras Santas, olvidasen todo el furor de las persecuciones; ni de que no habiéndose podido determinar á apartar de sí en todo el tiempo de su vida este libro Divino, quisiesen que aun despues de su muerte se enterrase con ellos en un mismo sepulcro, como para que allí sirviese á sus cenizas de fiador de la inmortalidad que les habia prometido, y para presentarle, segun parece, á Jesu Christo en el día de la revelacion, como sagrado título que les daba derecho á los bienes celestiales, y á las promesas hechas á los justos.

Es.

Estos son los consuelos de las almas fieles en la tierra. ¿Qué cosa tan terrible es, pues, Católicos, el vivir lejos de Dios, bajo la tiranía del pecado, peleando siempre consigo mismo, sin gusto alguno verdadero en el corazón, con tanto disgusto, las mas veces, en los placeres como en la virtud; odiosos á los hombres por la bajeza de nuestras pasiones; insufribles á nosotros mismos por la altanería de nuestros deseos; aborrecidos de Dios por los horrores de nuestra conciencia; sin las dulzuras de los Sacramentos, porque nuestros delitos nos separan de ellos; sin el consuelo de los libros santos, porque no hallamos en ellos mas que anathemas y amenazas; sin el alivio de la oracion, porque una vida tan disoluta, ó nos quita la libertad, ó nos la hace olvidar por la falta de uso? ¿Qué es, pues, el pecador mas que el desprecio del cielo y de la tierra? ¿Sabeis, pues, Católicos, cuáles serán los desconsuelos de los réprobos en aquel gran día en que á cada uno se le premiará segun sus obras? ¿Creéis acaso que les pesará de su felicidad pasada, y que dirán; pasaronse nuestros días felices, y se acabó ya el mundo, en el que disfrutamos de tan agradables momentos; nuestros placeres no han durado mas que los sueños, acabóse nuestra felicidad, y van á empezar nuestros suplicios? Os engañais, fieles; no usarán de este estilo; oíd como hablan en la Sabiduría, y como nos asegura el Espíritu Santo que hablarán en aquel día: Nunca gustamos, dirán, alegría verdadera en el pecado; siempre caminamos por caminos ásperos y tristes. Pero ay! que esto solamente es el principio de nuestras desgracias y de nuestras penas. (a) *Amulavimus vias difficiles.* Ganámonos en los caminos de la iniquidad: nuestras pasiones nos fuerón siempre mas

(a) Sap. 5. v. 7.

penosas; que nos pudieran haber sido las mas austeras virtudes; y mas nos ha costado el perdernos, que nos pudiera haber costado el salvarnos, y merecer hoy subir con los escogidos al descanso de la inmortalidad. *Lassati sumus in via iniquitatis, & perditionis. (a)*; Qué necios fuimos en buscar por caminos tristes y desgraciados unos males que nunca se acabarán! *Nos insensati. (b)*

¿Quereis, pues, Católicos vivir felices en la tierra? Vivid christianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazon es la raíz de los verdaderos deleytes. Mirad á todas partes, y hallareis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y vereis que no pueden curar aquella raíz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la suerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable; no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan; veis que lloran, pero no veis la mano invisible que enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la unción de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes; pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. Son semejantes al Arca de Israel en el desierto, solo está cubierta de pieles de animales, las apariencias son viles ó despreciables; esta es la condicion de este triste desierto; pero si pudieseis registrar su corazon, aquel Divino Santuario, ¿qué nuevas maravillas se ofrecerian á vuestros ojos! Hallariaisle vestido de purísimo oro, veriais allí la gloria de Dios que le llena; admirariais la suavidad de los perfumes, y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel Altar; aquel silencio, aquella paz, aquella Magestad que allí reyna, y al mismo Señor

(a) Ibid. (b) Ibid. 5. v. 4.

ñor que la ha escogido por morada, y que de ella hace sus mayores delicias.

¡Oh, y como os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron complices de vuestros placeres, ¿por qué, pues, no podreis vosotros ser imitadores de su penitencia? Establéced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raíz de vuestras penas; gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la Bienaventuranza que nunca se acabará. Asi sea.



por que la ha escogido por morada, y que de ella

DE TODOS LOS SANTOS.

En vuestros solos consiste el imitarlos: acso en

que apor... des de...

que los... des de...

atencio... des de...

vuestro... des de...

atos. Ha... des de...

vida... des de...

Volveo... des de...

estado... des de...

que de... des de...

felices... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

que... des de...

SERMON

PARA EL DIA

DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR,

y la del Justo.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur.

Felices los muertos, que mueren en el Señor. *Apoc. 14. 13.*

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprehensible. Todos los hombres quieren vivir, y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficianan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen á esta muerte que tanto aborrecen; y parece que solo viven para darse priesa á morir.

Todos se lisongean de que morirán con la muerte de los justos: lo esperan, y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actualmente los dominan y cautivan. Representanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios, como una suerte formidable, y con todo eso ván disponien-

do

do para sí, sin inquietud, y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en el pecado, los atemoriza y espanta; y con todo eso caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por más que se des predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores, y morir como justos.

Hoy, pues, quiero Católicos, no desengañaros de una ilusion tan comun y tan grosera (esto lo dejeo para otra ocasion) sino, yá que la muerte del justo os parece tan apetecible, y la del pecador tan formidable, exponeros aqui una y otra, y despertar sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Como necesariamente haveis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo; para que registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno, y la imagen consoladora del otro, podais pronosticar en tiempo qual de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

En el retrato del pecador que muere, vereis adonde vá á parar, por último, el mundo con todos sus delirios y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conoceremos á dónde guia la virtud con todos sus trabajos. En el uno vereis á el mundo con los ojos de un pecador que vá á morir, y os parecerá vano, frívolo, y diferente de lo que os parece hoy. En el otro vereis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande, y digna de estimacion. En el uno comprendereis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agradarle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo; y la imagen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

41. 7. 11. 9. 11. 2 (a)

PRI-